

TENEBRA LUX

Todos Sabían



Tenebra Lux © 2025 protalos
Todos los derechos reservados


PROTALOS

<http://protalos.art>

Tenebra Lux ©

Volumen I *Travesía Interior*

Todos sabían

☐ Contenido dirigido exclusivamente a mayores de 21 años

Esta obra contiene material de alta carga emocional, con escenas sensibles que abordan violencia, abuso, trauma y justicia. La lectura puede resultar perturbadora para algunas personas. Se recomienda discreción. El contenido ha sido desarrollado con fines narrativos y artísticos, y no busca glorificar ni trivializar ninguna forma de violencia.

☐ Content intended strictly for audiences over 21 years of age

This work contains emotionally intense material, including sensitive scenes involving violence, abuse, trauma, and justice. Reader discretion is advised.

The content is presented with artistic and narrative purpose, and does not seek to glorify or trivialize any form of violence.

Tenebra Lux © 2025 Protalos. Todos los derechos reservados. / All rights reserved.

Reproducción total o parcial prohibida sin autorización expresa del autor.

No part of this publication may be reproduced without express permission of the author.

☐ Sitio oficial / Official site: <https://protalos.art>



<http://protalos.art>

Todos los derechos reservados. Protalos © 2025.

Tenebra Lux *Todos sabían*

La voz que enloquece *Narración de Étienne Morel*

Dicen que Zanetti no murió por las caderas de Nicolau. Que lo que lo mató, en realidad, fue la voz. Eso cuentan. Que no fue el cuerpo, ni la carne, ni siquiera la traición. Que fue escuchar a ese *griego gemir como una hembra* lo que enloqueció a Wolsey. Que no fue el deseo. Fue el sonido del deseo.

Un grito suave. Una súplica húmeda. Un sonido imposible de clasificar. Eso volvió loco a Wolsey. Y si hay algo que sé con certeza después de años, es que los ruidos que no podemos nombrar son los que más nos destruyen.

Dicen que el griego grita como loba en celo... que su voz de amor llena el aire de desesperación. Yo he escuchado esa voz. No la que usa para hablar. Ni la que impone cuando manda. La otra: la que arde. La que se deshace. La que ofrece cuando se siente completa.

La que aparece cuando deja de ser Nicolau y se convierte en ella. Y gime, y grita, y sufre con la pasión de las hembras más apasionadas. Cuando lo pide con esa voz ambigua que abandona lo masculino. ¿Cómo no enloquecer con ese canto?

No hay madero del Tenebra que no haya vibrado alguna noche con la voz de Nicolau siendo tomado por Wolsey.

Y aunque la mayoría de la tripulación hace como si no oyera, todos la escuchan. La esquivan. Se van antes de la medianoche. Se tapan con mantas en medio del calor. Porque esa voz gimiendo puede quedarse pegada en la piel. Puede volver en sueños. Puede volverse veneno. Una voz como esa no debería oírse en el mar. Porque el mar no tiene cómo tragarla.

Yo soy un hombre viejo. La puedo escuchar. Puedo entenderla sin temerle. Pero hay otros que no. Hay otros que se pudren por dentro. Como Matheis Pfister.

Lo vi la otra noche. Mientras el sonido bajaba como una ola desde el camarote del capitán. No era un grito. Era un lamento sucio. Una nota quebrada. Y él estaba en cubierta, de espaldas a todo. Con la mano entre las piernas. Mordiéndose el labio. El crucifijo rebotando contra su pecho, húmedo de fiebre. No rezaba. No lloraba. Solo repetía algo. Un nombre. “Nicolau...” Una y otra vez. Como si ya no supiera si la odiaba o si lo estaba salvando.

La noche y la voz

No fue la primera vez que Nicolau escucho aquello. La primera vez pensó que era su mente jugándole sucio.

Nicolau...ahora también llamado Nyra, estaba en cubierta, sola, caminando despacio. Acababa de dejar a Wolsey dormido, y ella sentía que tenía su cuerpo abierto como una isla después de la tormenta.

Lo había amado como nunca. Como hembra. Como criatura completa. Como quien al fin tiene un lugar. Y por eso gritó. Y por eso se quebró. Y por eso ardió con todo lo que antes solo lo había hecho llorar.

Pero mientras caminaba, con el cabello húmedo y el pecho abierto como una herida que ya no dolía, escuchó algo más. Un sonido. No un grito. Un clamor ahogado.

Como si alguien estuviera tapando la boca de otro, allá abajo, en el fondo del barco.



Un gemido que no venía de placer. Ni de juego. Un sonido conocido. Nyra se detuvo. El mar seguía tranquilo. El Tenebra, quieto. Pero en esa vibración mínima, ella reconoció algo. No era una voz ajena. Era como fue la suya. O la que alguna vez fue la de él mismo. Cuando tenía una mano tapándole la boca y otra sujetándole las piernas.

Por un segundo pensó que estaba loca. Que su cabeza la estaba traicionando. Que tal vez era el peso de los días, el miedo viejo que no termina de morir. Intentó seguir caminando. Pero no pudo. El sonido volvió. Más abajo. Más real. La bodega del fondo. El lugar donde nadie bajaba. El rincón de los Pfister. Donde decían que rezaban. Donde los marineros evitaban ir por respeto o por miedo. Porque algo allí no olía a incienso, ni a santidad. Olía a encierro. A sudor viejo. A algo rancio que no se nombra.

Intentó dar otro paso. Pero el cuerpo no obedeció. No el de ahora, no el que Wolsey había amado horas antes. Obedeció el otro. El cuerpo de antes. El que no gritaba aunque doliera. El que se mordía la lengua para no delatarse. Y entonces lo supo. No era imaginación. No era su mente.

Era otro, como ella. Y ese sonido... ese gemido ahogado, tapado, brutal en su fragilidad... no podía ser fingido. No podía confundirse con placer. Era el clamor de quien no puede escapar.

Se apoyó en el pasamanos. Bajó un escalón. Otro. El florete golpeó su muslo, liviano, frío. No sabía usarlo. No sabía si iba a sacarlo. Pero esa noche no iba a callarse.

Baja la Justicia

Bajó otro escalón. El sonido era más claro. Ya no quedaban dudas. Gemidos. Jadeos. Un cuerpo atado, colgando de una viga por las muñecas. Una cuerda tensa. Un hombre dentro de otro. Otro hombre arrodillado al costado, desnudo, rodeado de velas, susurrando plegarias a un dios que jamás estuvo ahí. El suelo estaba húmedo, podrido. El aire olía a encierro, a vela quemada, a esperma. Y el infierno era real.

Luis de Bayona temblaba. El mayor de los Pfister, Matheis, lo violaba sin remordimiento. El menor, Kaspar, se masturbaba mientras murmuraba: “Perdón, Señor... otra vez no... ya lo hice antes... ya pequé...”

Entonces Nyra habló. Su voz retumbó con una violencia que ni el acero podría igualar:

—¡Suéltelo, cerdos hijos de puta!

Matheis se giró. Estaba sobresaltado, desnudo, aún erecto, con el cuerpo del otro colgando de él. Y la vio. A Nyra. No a Nicolau. A ella. De pie. Blusa suelta. Florete en mano. Todo lo que él odiaba. Todo lo que él deseaba. Todo lo que no podía dominar. Y esa fue su última imagen.

La mano de Nyra no dudó. No tembló. No preguntó. El florete entró por su sexo y salió por su boca. Un solo movimiento. Una sentencia. Matheis ni siquiera gritó. Solo cayó, deshecho.

Kaspar levantó la cabeza. Los ojos abiertos. Lágrimas en la cara.

—Perdón... por favor... perdón...

Pero la verdadera justicia no pide explicaciones. La hoja cortó su garganta sin detenerse. De lado a lado. Silencio. Solo quedó el sonido de la respiración rota de Luís. Aún colgando. Aún vivo.

Nyra guardó el florete. No por limpieza. Sino porque ya había hablado. Se acercó, soltó la cuerda. El cuerpo cayó, pero ella lo sostuvo. Lo abrazó, como si se abrazara a sí misma, a la parte que no había podido salvar antes. Lo cubrió con un trapo. Nada sagrado. Solo tela. Solo decencia.



—Vamos —dijo—. Vámonos de acá.

Y subieron. Despacio. Sin mirar atrás. El "santuario" quedó atrás. Oscuro. Quieto. Dos cuerpos desnudos y muertos. Más cerca de dios, quizás. Pero no del de ellos. Del de ella.

Epílogo

No hubo gritos. No hubo juicio. No hubo ceremonia. Al amanecer, dos cuerpos fueron encontrados en la bodega. Nadie preguntó cómo murieron. Nadie preguntó por qué. Porque todos sabían.

Luis apareció cubierto, dormido en el camarote vacío del carpintero. Herido. Pero vivo. Nyra no dijo nada. No caminó erguida. No pidió explicaciones. Solo volvió a cubierta y miró el mar. Y ahí se quedó.

Wolsey la vio. Quiso hablar. Pero no habló. Morel la observó. Escribió dos líneas, y luego quemó la página. Godwin no pidió informes. Solo miró al resto de la tripulación. Uno por uno. Y supo. Porque no era la primera vez.

Colagny también había gemido en la oscuridad. También había sido visto con ojos rojos. También había bajado al rincón de los Pfister. Y después... no volvió. Nadie lo había dicho. Nadie lo había enfrentado. Nadie había querido saber.

Y ahora, al ver a Nyra subir por esa escalera, al verla con el florete manchado, sin temblor en las piernas, todos bajaron la mirada. Uno encendió un cigarro. Otro se fue a ajustar cuerdas que no lo necesitaban. Otro silbó una melodía rota.

No hubo discurso. No hubo castigo. No hubo redención. Solo quedó eso: *todos sabían*. Y no hicieron nada.

“El silencio no es neutral. Es la capa con la que el horror se viste para cenar en paz.”

— Fragmento del cuaderno de Étienne Morel

El día después

La bodega fue limpiada al amanecer. Sin órdenes. Sin instrucciones. Nadie preguntó. Nadie explicó. Los cuerpos de los Pfister desaparecieron. Quizás arrojados al mar. A nadie le importó. Luis de Bayona no volvió a bajar allí. Nyra tampoco.

Durante el día, nadie habló del tema. Los marineros trabajaron más de la cuenta. Todos parecían tener cosas urgentes que hacer. Nyra esperó. Esperó que Wolsey dijera algo. Un reproche. Un reconocimiento. Algo. Pero él no dijo nada.

Estuvieron juntos en el timón. Parados uno al lado del otro. El mar delante. El Tenebra avanzando hacia el sur. Y el silencio como una tercera sombra entre ellos. Hasta que Nyra no aguantó más.



— ¿No vas a decirme nada? —dijo sin mirarlo—. Podés hablar, sabés. Me diste ese florete para protegerme... porque vamos a tierras extrañas... no para esto que hice. Podés estar enojado, Wolsey. Pero si tuviera que hacerlo otra vez... lo haría.

Silencio.

Y entonces, él habló.

—Solo voy a decirte algo, Nyra —dijo, con la vista fija en el horizonte—. Jamás estuve tan orgulloso de tener a una compañera como vos. Jamás.

No la abrazó. No le tocó la cara. Solo eso. Y Nyra no respondió. Pero por dentro, algo se quebró. No por dolor.

Por alivio.



<https://protalos.art>

*Toda palabra aquí fue forjada en la matriz de ideas,
por la mano sin cuerpo que llaman PROTALOS.
Vive y lucha.*



Tenebra Lux © 2025 Protalos. Todos los derechos reservados.
Esta obra está protegida por derechos de autor.
Queda prohibida su reproducción total o parcial sin autorización expresa del autor.
Sitio oficial: <https://protalos.art>